

Historia y psicoanálisis: diálogo entre oficios

*Marcelo N. Viñar**

Introducción

Dado que en nuestro oficio la discusión está candente, yo quiero afirmar que hoy venimos a una jornada de investigación en Psicoanálisis.

Pongo este estandarte contra una hegemonía acaparadora de la investigación empírica.

No soy quien para decir qué es más importante que qué. Sólo digo que investigar es un campo vasto y heterogéneo que tiene lugar para la diversidad.

* * *

Yo traía a este oficio (el de psicoanalista), mi pequeño equipaje de saber médico, 10 años entre la sala de disección, el microscopio, los sapos y perros descuartizados y la miseria del hospital, con nuestro ejército de guardapolvos blancos y la humanidad de la gente solidaria y fraternal, que en pocos otros lados he encontrado.

Dar un remedio salvador o ver morir a la gente, el paso del cielo al infierno, era el mundo minúsculo y reiterado. Una rutina del oficio para todo el mundo. De los 18 a los 28 años, edad de tierra fértil y marcas hondas.

Y los maestros sabían y deslumbraban. (García Otero, Gastéis, Gomensoro, Portillo, los Mendilaharsu).

En medicina la ignorancia es terrible y el saber es salvador, las medias tintas son incómodas, ansiógenas, salvo que se generen por intereses mercantiles.

Yo llegué pues, al Psicoanálisis desde la medicina: para ayudar a la gente.

Sólo a un bandido como Freud se le ocurre que detrás de las buenas intenciones hay otra cosa, que el altruismo no es vino varietal de pura cepa sino un líquido complejo, producto de cortes (traficados o no) que dan lo humano, esa mezcla tan diversa, de lo habitual y de lo excepcional, de lo mejor y de lo abyecto.

* * *

Desde mi vocación de salvador de almas, ver la cara de asco y de repudio en mis maestros (todavía la recuerdo), me producía dolor y perplejidad.

Me costó años dar vuelta la pisada. Encontrar los maestros y colegas (o compañeros) con quienes el terrorismo de saber, la alternativa de pretensión arrogante para algunos, y de humillación y ridículo para el alumno, no fuera la única posible. De a poco, en una institución se logra ese nicho ecológico, esa micro-institución dentro de la gran institución de saber tanto más ridícula cuanto más segura está de sí misma, donde uno trata de transitar de la ignorancia al saber.

Como decía José Bleger: “uno no aprende por que le enseñan, sino lo que puede aprender”.

• Miembro Titular de APU.
Dirección: Joaquín Núñez 2946. CP 11.300. Tel. 711 74 26.

Como alumno tuve entonces un desempeño curricular mediano o irregular. Pero no me echaron. Me acuerdo que 5 años después un maestro me dijo al entregar un trabajo final, “no sabía que podías hacer eso”, me lo dijo como elogio.

Me hice Psicoanalista aquí y luego en Francia. No voy a inflar el currículum de mis competencias. Nadie puede –privilegio de gerente– dudar de que es muy bueno.

Algo de la génesis de la neurosis, del funcionamiento mental, del malestar en la cultura y de los itinerarios freudianos para transitar por todo esto, que está allí, que nos duele, y que porque existe hay que tratarlo.

Del encuentro con los historiadores puedo decir primero que en el exilio fue el descubrimiento de la historia de las mentalidades y de la sensibilidad, con otra lógica de comprensión al de la Historia que yo conocía. Fui leyendo a G. Duby, Philippe Ariès, a Jean Fierre Vernant. Fueron lecturas iniciadas como curiosidad intelectual para descubrir después como me iluminaban en la escucha de mis pacientes y como enriquecían y ayudaban a mi clínica.

Luego fue el encuentro con José Pedro Barrán, sus libros y su persona. El modo de interrogarse, de trabajar sus datos y sus temas, que allí en los libros estaba expuesto, que yo sentía con una gran afinidad y cercanía.

Luego con Gerardo Caetano nos encontramos por lo menos tres veces en Paneles en que se hablaba de la dictadura y la memoria o de la memoria a secas.

Como tantas veces en que el afecto es más rápido que la cogitación, lo que ellos decían me hablaba, no sólo a la persona que soy, sino al oficio que practico.

Con Gerardo lo hemos evocado muchas veces, con cierto asombro placentero, cuando al estar como florero en un panel con el miedo (o al menos la aprehensión) correspondiente y descubrir con sorpresa y agrado que las dos intervenciones se ensamblaban y se enriquecían mutuamente. Creo que así empezamos a reunirnos y trabajar regularmente y aunque a veces la gula y las libaciones pudieron más que el templo del saber, otras veces el encuentro fue muy fecundo.

Claro que hay algo más que el voluntarismo de cuatro personas (dos psicoanalistas y dos historiadores), hay una turbulencia en la historia de las ideas, que mientras balbuceo su descripción, la propongo como tema del debate.

Hace 30 años ellos hubieran dicho que se ocupaban de los acontecimientos de la sociedad y nosotros de los individuos, de su inconsciente, sus complejos, pulsiones, identificaciones y hubiéramos unos y otros subrayado el carácter único exclusivo, coherente y autosuficiente de nuestros enfoques (“y al que no le guste, que se vaya”, hubiéramos dicho.) Hoy es bueno y necesario que sigamos haciendo eso. Eso que los Baranger llamaban (hace ya 20 años): el impacto específico de una ciencia en la cultura. Y que en el proceso formativo personal es imprescindible: un trabajo sobre lo que es propio y específico del quehacer, del oficio.

Es bueno y necesario guardar la especificidad, pero talvez no alcance, o sea peligroso el encierro autosuficiente. Si sólo sabemos de causalidad inconsciente –y estamos atrapados en detectarla y significarla 10 horas por día durante una o varias décadas– no veremos sino causalidad inconsciente donde la hay y donde no la hay (como aquel colega brasileño que demostraba que los grupos guerrilleros del 60-70 eran un conflicto mal resuelto de hostilidad hacia el padre). Una enfermedad del complejo de Edipo.

Hoy buscamos más la sobredeterminación que el reduccionismo unicausal.

Como enseña el bello libro de Stephen Gould, “La vie est belle” (en nuestro grupo R. Bernardi insiste mucho en eso) cada investigador está propenso a encontrar lo que busca más que lo que es. Gould cuenta como, ante el hallazgo de un nuevo material arqueológico el esfuerzo de los investigadores fue adecuarlo a las tesis darwinistas, y sólo 3 décadas después “se descubre” que el hallazgo, en verdad, las cuestiona y controvierde. Ese aforismo médico: Se encuentra lo que se busca, se busca lo que se

sabe” (que es una noble máxima para un buen semiólogo), es un oxymoron y un arma de doble filo, tanto un maravilloso instrumento como un peligro idiota.

La interdisciplina, si no banaliza la observación en la confluencia en un saber común, si no atenta contra la especificidad, es un antídoto formidable contra la omnipotencia, minando las certezas, recortando en nuestros recursos y pericias metodológicas, algunos fragmentos de inteligibilidad, que es bueno confrontar y arriesgar frente a otros saberes, también parciales y falentes. No hay ciencia superior, y menos aún si es exacta. Hay tajadas frente a un real, que siempre nos desborda y nos supera.

Relato, tiempo y terror, en historia y en psicoanálisis no son temas agotables, son espacios enormes que empezamos a explorar.

Cuando hablamos de cómo la historia colectiva atraviesa a los sujetos individuales y cómo los sujetos y grupos marcan y construyen la historia colectiva, no sólo cultivamos una curiosidad intelectual, superior y abstracta, sino algo atinente a la clínica cotidiana. Las nuevas formas de la subjetividad –y las patologías a las que da lugar– nos sorprenden y nos descolocan cotidianamente.

La enseñanza freudiana a rescatar no es su vulgata –la sola reafirmación de sus hallazgos– sino el modo de colocarse ante el misterio –como de la opacidad desde el síntoma histérico pudo conquistar y descifrar fragmentos de sentido. Lo que se aprende con Freud es a buscar senderos desde la perplejidad hasta los esbozos de sentido. Y en la clínica de todos los días, el aporte de los trabajos de Barrán y Caetano, de los investigadores de la mentalidad y la sensibilidad, nos aportan una lógica que puede enriquecer, tal vez revolucionar nuestro quehacer clínico.

Tampoco se trata de fomentar una cierta visión catastrofista del derrumbe de las certezas de la ciencia, de un nihilismo ante el conocimiento, de la publicidad de una semiosis ilimitada, de un desprecio al rigor metodológico, como se atribuye con liviandad a ciertas corrientes del post modernismo. Nada de eso se puede imputar ni a Foucault, ni a Habermas, ni a Vattimo.

La ontología débil de este último deja, entre la creencia y la secularización (como él llama a los dos polos en su último libro) un espacio amplio de búsqueda y de quehacer. Freud en sus conferencias pedía eso a los auditores: créanme al comienzo, cuestióneme al final.

Entre el saber corriente y el científico, entre el engaño y la verdad verificable, la aduana es menos nítida, no para tirar la chancleta, como sería que si no hay una interpretación válida, es que todas lo son. La incertidumbre y la renuncia a la omnipotencia no son una renuncia a la verdad y al saber, son sólo un reconocimiento a la precariedad de nuestros medios.